

Antes de nada una nota: cuando Marcos dice "y sucedió que..." es que algo grande se avecina. Es más que el famoso previo de los Oscars "The winner is..." y tiene más tensión en la narración que el previo a un gol de fútbol comentado por la radio. Decir "Y sucedió que..." es mucho decir, tiene que generar nuevas expectativas y fuerza en quien lo escucha. Métete en la historia y verás a qué me refiero.

"Sucedío que, por aquellos días, vino..." Ya llegó. Para cualquiera esto es importante. Plantéate en tu vida lo que esto significa: un nuevo encuentro, un saludo, un diálogo. Ya se entrelazaron los caminos, nos hemos cruzado. Millones de personas conviven con nosotros en el mundo, sin que lleguen a nuestra vida, y viceversa. Pero cuando dos vidas se unen algo sucede, todo se trastoca. Después de conocer a algunos de mis mejores amigos, no soy el mismo de antes; me he enriquecido con sus experiencias, he tenido momentos de alegría inolvidables e historias que ya no puedo contar sin nombrarlos a ellos. Y lo mismo sucede con Dios. Y lo mismo está sucediendo con Dios, cuando Juan en el Jordán habla así. ¿Juan se esperaba esto? Lo único que sabemos es que Juan esperaba; el qué esperaba o cómo lo esperaba, lo desconocemos. Juan esperaba, poco más sabemos. De igual manera podemos afirmar que todas las personas esperan algo, siempre; porque sin esperanza morimos. Unos esperan unas cosas y otros otras (encontrar alguien, que les suceda algo, que se repita la misma felicidad del curso pasado, que todo vaya bien, que se solucione esto, que me sigan queriendo, que...), y cada uno espera a su manera (con sus sueños, desde sus tristezas, con mucha imaginación o con sencillez...). Qué magnífico es comprobar que todos esperamos, aunque a veces es un poco triste darse cuenta de en qué cosas ponemos nuestras esperanzas y confianzas. Los hay que esperan que el dinero les dé la felicidad, los hay que aguardan el momento para llamar la atención y ser protagonistas aunque sean unos minutos, los hay que esperan el día de mañana porque el hoy siempre es rutinario, normal y vulgar, y los hay que se desesperan buscando cosas en las que confiar y defraudándose continuamente porque no se sacian.

Para orar

Ten presente en esta oración tus esperanzas, aquello en lo que confías tu vida. Sabiendo que por ser personas hemos sido creadas para confiar y esperar, atiende a tu vida y descúbrete. ¿Cómo miras el mundo, a los demás y a ti mismo? ¿Cómo miras a Dios? ¿Qué quieres encontrar?

Las palabras "Tú eres mi hijo, al que amo. En ti me complazco" son para cada uno de nosotros, en la medida en que nosotros somos como Jesús. ¿Qué resuena en ti cuando escuchas que Dios te lo dice?

Juan esperaba, pero de manera diferente. Juan esperaba porque había recibido una promesa de Dios: "Tú serás el predecesor." Y, esperando de esta manera, aprendió también a mirar de forma diferente. Está claro que quien espera del dinero o del poder, se fijará en quienes tienen dinero y en el mejor modo de ser poderoso y reconocido y tener los primeros puestos. Miramos, buscando lo que queremos encontrar. Es algo evidente. ¿Y si miramos como Juan, sabiendo que nos vamos a encontrar con Dios? ¡Quizá nos llevemos una grandísima sorpresa al darnos cuenta de lo próximo que es.

Y era Jesús de Nazaret de Galilea. Tres nombres, bien concretos. Por si había alguna duda, para certificar con claridad que no había otro, que es único, que es Él. ¿Qué supo mirar Juan? El bautista había visto a muchos entrar y salir del agua, y en sus rostros se reflejaba el cambio que promedian en sus vidas, la fuerte renovación del corazón y la nueva llama del amor. Tantas personas necesitadas de conversión y que se habían olvidado de lo más importante. Algo tuvo que ver Juan en este hombre, que no salía igual que el resto, con un rostro semejante y casi igual que cuando entró para bautizarse. El relato nos hace detenernos en el momento en el que Jesús sale del agua: mientras otros dejaban allí todo cuanto no podían sobrellevar más y cicatrizaban sus heridas, Jesús no. Otros se convertían en el agua, Jesús convertía el agua en un lugar para Dios.

Fue ese el momento definitivo en el que se cumplió lo que tantos habían repetido: Dios comparte la vida de los hombres, se acerca a ellos porque ellos se han vuelto torpes, a base de egoísmos y soledades, para aproximarse a Dios y al amor. Y, de nuevo, en el relato de Marcos, la Palabra cae de un cielo que se abre: "Tú eres mi Hijo, el Amado. En ti me complazco." Por supuesto. Juan esperaba algo así como que el cielo se iba a romper desde arriba, que Dios iba a bajar delante de sus narices. Pero no. El camino al cielo, al Padre que hoy se nos cuenta, se ha roto desde abajo. Es Jesús, el Hijo obediente, quien por Amor ha su Padre ha roto el cielo, el camino de la verdad para que los hombres conozcan quién es Dios realmente, sin nubes que estorben su mirada hacia lo más alto. Es una bonita comparación, quizá más real que metafórica para muchos ennublados.

Juan lo tenía claro ya. Este hombre tenía un corazón distinto, era un hombre de verdad, en Él no había sino bondad, verdad. Su vida clara conseguía limpiar, su mirada penetraba el cielo y su escucha permitía a otros escuchar la Palabra. Este hombre era un hombre nuevo

